

CONCURSO PREMIO FEDERAL

2004

CUENTO BREVE TERCER PREMIO

RAÚL EDUARDO NOVAU

 PROGRAMA DE
CULTURA



CONSEJO
FEDERAL
DE INVERSIONES

PROGRAMA DE CULTURA

CONCURSO PREMIO FEDERAL

2004

RAÚL EDUARDO NOVAU

Tercer premio

Nació en Sauce, Corrientes en 1945. Reside desde su niñez en Posadas, Misiones. Médico veterinario de profesión, se dedica a la literatura e incursiona en el género de la novela, el cuento y el drama. Entre sus publicaciones se destacan: *Cuentos culpables*, *Cuentos animalarios*, *Loba en Tobuna* (novela que lleva ya dos ediciones), *Diadema de metacarpos* (novela), *La espera bajo los naranjos en flor* (cuentos). Como dramaturgo es autor de *Caballo al malacate*, *N. N. Griselda*, *Bonga resucita Una boca menos*, *Loca lotería*, *Zumba el Adene*, *Boda gitana*, la mayoría representadas. Integra numerosas antologías en cuentos y dramaturgia. Fue merecedor de reconocimientos y premios, entre otros, el Arandú (Posadas, novela, 1991), el Primer premio dramaturgia del Nordeste y el Primer Premio Teatro por la Identidad área Nordeste (Resistencia, 2004). También obtuvo la Distinción al Mérito Literario otorgada por Gobernación y la Honorable Cámara de Representantes de Misiones (2004/5), el Premio Selección en Cuentos de la Fundación Gudino Kieffer (Buenos Aires, 2005) y el Segundo Premio Subsecretaría de Cultura en Novela (Corrientes, 2005).



Novau, Raúl Eduardo

Concurso premio federal 2004: cuento breve, tercer premio -
1a ed. - Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones, 2006.

54 p.; 23x16 cm.

ISBN 987-510-059-5

1. Narrativa Argentina-Cuento. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 27/06/2006

©2006 Consejo Federal de Inversiones

San Martín 871 - (C1004AAQ) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

ISBN-10: 987-510-059-5

ISBN-13: 978-987-510-059-6

Primera Edición

Queda hecho el depósito que marca la ley N°11.723

Impreso en Argentina

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, ya sea éste gráfico, fotoestático, magnético o electrónico, sin la autorización expresa del Consejo Federal de Inversiones.



CONCURSO PREMIO FEDERAL 2004

LETRAS: CUENTO BREVE

Tercer Premio

RAÚL NOVAU

Este libro nos transporta a un escenario lleno de personajes, espacios y situaciones que nacen del talento y creatividad del autor, introduciéndonos en ese mágico mundo del relato, sensibilizando al lector y atrapando el interés que sólo las buenas obras provocan.

Por ello es que el Consejo Federal de Inversiones se enorgullece en presentar en este volumen el trabajo literario *Amarga mandrágora y otros relatos* galardonado con el Tercer Premio Federal de Letras -Cuento Breve 2004 a través del Programa de Cultura y felicitar a Raúl Novau por el camino emprendido hacia el merecido reconocimiento de su obra.

Ing. Juan José Ciácerá
SECRETARIO GENERAL
CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

RAÚL NOVAU

Amarga Mandrágora
y otros relatos

Amarga mandrágora

Se entretuvo mirando de soslayo el herrumbroso alambrado invadido en tramos por el malezal. Del otro lado una cohorte compacta del yerbal vecino se perdía en la lomada. Eran sus malezas nacidas y criadas sin límites en su chacra las que avanzaban prepotentes a cada jornada. Porque era diaria la extensión del yuyal: a los cuatro vientos menos al sur donde cursaba un arroyo. Y cuanto más se detenía en mirar se le ocurría que las espinosas hojas se alargaban, las ásperas flores sin aromas se reproducían espontáneas como bordadas en silvestres bastidores y zarzas y mimosas trepaban las últimas vallas de alambrada. Ella misma estática en medio de esa orfandad de árboles, el sol batiéndole el ajado pañolón a la cabeza y las orlas del batón campaneando la maraña, sembraba un mástil de una nave jaspeada de ocres y parduscas rastreras.

De nada le servía el machete: cuanto más tronzaba y cortaba al otro día todo reverdecía en nuevos y numerosos brotes. Avanzó hacia el caído alambrado palpando con la punta del machete el yuquerizal a cada paso, explorando la conveniencia de tronchar los apéndices usurpadores que netamente se intrincaban en el lozano terreno alledaño. Eran múltiples hasta donde se perdía la vista. Tendría que abdicar. Reconocer ante el chacrero lindante que se daba por vencida. Remiró

las enhiestas plantas de yerba en ringleras encolumnadas y las calleras desbrozadas del amplio predio vecino. Idénticas serían si hubiera vivido su compañero. Tendría que haber abdicado. Pero no, se decía. Si Dios puso la tierra para labrar, el agua del arroyo para beber y la Biblia para leer ¿qué otra cosa necesitaría una mujer como yo?

A pesar de su nombre, Amarga López -mal anotado por indolencia y comodidad de los escribientes de turno pues su madre vivió repitiendo que era Amada el elegido- al principio una total antinomia pues era alegre y dicharachera luego volcada tras el pasaje de miserias a una paulatina correspondencia con el nombre original.

Resistía Amarga en aquella solana de matorrales y troncos ennegrecidos -testigos de quemantes rozados pasados- y su rancho de tablones en pilotes y pequeña galería adornada de viejas latas como tiestos de flores. Del bajo chiquero y el antiguo galpón de secanzas del tabaco quedaban esqueletos de maderos carcomidos y algunas desperdigadas perchas del gallinero. Aún persistía el galponcito, levantado por Pablo su marido, destinado a Kare la lechera que, tras una cuantiosa producción, también murió. Pero Amarga aprovechó para el único ser que compartía con ella la aposentada soledad: el buey Barcino. Barcino era el rey en su desolada comarca. Si bien no daba leche, rumiaba con una meticulosidad extrema que ni con tormentas interrumpía, bosteaba solamente en el reducido cobertizo cosa que Amarga bendecía pues no necesitaba desplazarse para recoger el abono para la huerta. Además, Barcino se las ingeniaba para rebuscarse en la

enmarañada capuera donde su mole estatuaria progresaba comiendo y mutilando lo que el malezal reponía en el día. Ella especuló con el deslinde del desbroce en la línea vecinal, cabeceando y su ronca voz resonó quizás por sinusitis crónicas o por frases sumergidas en cavilosas soledades que emergen corporizadas y vitales de golpe diciendo: –No tengo más sal.

Restaba en la bolsa un cuarto de sal necesario para Barcino y para la casa. Pues Amarga contenía el avance de las hierbas haciendo un círculo blanco de sal alrededor. Santo remedio. Era como una empalizada invisible: ni hierbajos ni alimañas ni víboras. Nada. Eso sí. Se cuidaba que Barcino lamiera solamente el terrón salino que estaba en el galponcito. Incluso para el vecino fue un límite inconsciente que no osó traspasar cuando visitó a Amarga insistiendo en la compra del lote. Dialogaron línea blanca de por medio sin resultados. Ella era mujer de monte, toda su vida convivió con el monte y un cambio a su edad era sencillamente la muerte, dijo en cavernoso tono. Mientras el alambrado estuviera limpio -y ella prometía que lo mantendría así- el vecino no tendría que preocuparse con tamaña zoncera. De eso daba fe. No se responsabilizaba en cambio de los bichos que pudieran cruzar porque los animalitos de Dios no conocen fronteras. Tampoco el buey estaba en venta. Él pertenecía al terruño como ella sin memoria tal cual es ahora: grande, capado y somnoliento. Desprenderse del animal sería hasta inhumano ya que era parte indisoluble de su vida. Era ella misma transformada en cuadrúpedo: juntos aprovechaban las raíces fibrosas, él las maceraba en la panza y ella en el mortero, bebían la fresca agua del arroyo y se daban calor mutuo

en invierno arrebujada ella contra el cuerpo de Barcino en el cobertizo. Le falta hablar, decía.

Amarga estaba sin fuerzas para el machete o la esteva del arado amén de ser vegetariana forzada salvo cuando pescaba mojarras o caracoles en la corriente, liquidadas las pocas alhajas y vendidas por chirolas algunas chapas del desmelenado techo, se hallaba en la encrucijada de aguantar para que el yerbatero conociera el temple de una pionera o vender la chacra asegurándose la vejez.

Amanecía cavilando hamacándose en el sillón de la galería, entrampada en su círculo de sal, presta a los menores ruidos que indicaran el pataleo de perdices o cuises en las trampas puestas en los matorrales, mirando su harto conocido solar en busca de algo nuevo con la salida del sol. Pero nada acontecía. Para más la opción de venta se había cancelado por parte del vecino quien después de aquella visita desistió aduciendo que la tierra salobre era inadecuada: usted mató la tierra, expresó a una Amarga animosa de que al fin terminara el acoso.

Aún le restaban opciones: arrendaría a Barcino o lo mataría. Alquilarlo sería lo mismo que matarlo en vida, una muerte lenta e inmerecida después de años de sacrificios. Quedaba sacrificarle y vender la carne, el cuero, los cálculos de la hiel, las pezuñas y las astas. Rifar además los años uncidos al yugo, las babas sobre los surcos, los volumétricos abonos de bostas, el calor dispensado y el martirio de canículas hirvientes. No, no tendría corazón para semejante crimen.

En esas mentas andaba cuando la descubrió. Pequeña apenas distinguida en un oscuro rincón del cobertizo. Extraña a medida que crecía por la espigada

formatura del tallo y hojas, firme quizás por una gran raíz de sustento y los pedúnculos de futuras flores en potencia. Todos los días, apenas alboraba, Amarga corroboraba el rápido crecimiento de aquella plantita que se avizoraba superior a todas las conocidas. Y con dedicación exclusiva -por otra parte no tenía otra tarea- acarrearaba trabajosamente el agua desde el arroyo. En incontables viajes Amarga recorría el senderillo entre la tosca vegetación. Se las ingenió para obturar con un emplasto de zarzaparrillas los orificios del agujereado balde. Porque el vegetal requería al parecer mucho líquido: al punto que terminaba de regar la tierra era un secano alrededor. Y cuanto más progresaba más era la demanda de agua. El sendero al arroyo se hizo nítido en la espesura. Al cabo de semanas la planta echaba ramajes laterales, entonces Amarga recurrió a Barcino pues era un solo balde y sentía el cansancio en los huesos. Bamboleante el buey trazaba su pertinaz parsimonia en un letánico vaivén del cauce a la nueva inquilina. Los frutos carnosos eran de un intenso morado y las flores nacaradas ribeteadas de púrpura en cálices verdolagas. Pero sería una decepción para Amarga que esperaba el néctar de una planta sugestiva y principesca: al partir los frutos eran fétidos, apestosos, rancios. Tremenda desilusión para ella. Si no le hubiera costado tanto la tenaz labor del acarreo del agua quizás hubiera morigerado su frustración. En su iracundia cortó las repugnantes manzanitas moradas y los gajos de flores inodoras y las arrojó al malezal.

Al otro día había claros enormes en el predio. Por donde Amarga revoleó los frutos surgieron ojos gigantescos que descubrían un oscuro suelo. Lamparones

negruzcos horadaron la breña contagiándose y afloraron en mayores calveros. Amarga investigaba machete en mano la lenta agonía del capueral: negras eran las enrevesadas ramas y raíces mixturadas con mariposillas de los pantanos, lagartijas y alacranes, muertos oscuros en un gran caldero que rezumaba charcos pestilentes y lentamente se evaporaban. A los pocos días la chacra era una lóbrega y sombría alfombra gris, desprendiendo humos que permanecían sin elevarse al ras semejando un mullido tapiz e irradiando calor de una intensa combustión. Barcino rumiaba inexorable su última ingesta, mirando alternativamente la destartalada casa y el parche negro de la otrora chacra, intentando retomar su habitual recorrido al arroyo sin conseguir trasponer más de un metro del calcinado terreno. A la noche procuró regurgitar algo de verde sin conseguirlo y al amanecer atropelló el estropeado portón por una cuestión de fuerza bruta en pos del verde barranco entrevisto y se perdió.

Amarga se hamacaba en el sillón observando al fin la muerte del malezal. Por si Barcino quisiera regresar no tocó el desportillado portón. Mientras tanto tenía las amargas pero reconfortantes hojas de su dormidera. Porque después de la infusión se adormecía balanceándose. Que le viniera el gringo a decir ahora que una anciana sola en medio del monte no puede defenderse y hacer las labores de los hombres más rudos. Ahí tiene: ayer había un zarzal y un verdadero ejército de alimañas y hoy no existen. Y que no le pidiera la fórmula porque era de su exclusiva competencia. Bien a cuidado estaban las bifurcadas raíces de la milagrosa que estragó en un santiamén su problema. Trasplantó la mandrágora al desierto

huerto y ahí la mantendría para que la auxilie en cuanto alguna maleza se le ocurra nacer. La huerta fue a pique pero ella estaba triunfante y esperaba la visita del gringo. Entonces le diría: –Ahí tiene. La tierra pelada. Ya no pasará la suciera.

Esperaría. Hamacándose en la galería. Esperaría.

Albino en la vía

Desde que se desató la tormenta estuvo lidiando con el diminuto trozo de madera, sería la fogonera en el pequeño esqueleto que ganaba espacio sobre la mesita. Volvió a repujar con el filoso cuchillito cada uno de los bordes, un suave polvillo deslizándose por los dedos, corroborando a la lumbrera de la lámpara y colocando de prueba en el armazón y encolar moviendo una flexible ramita de durazno. Remiró la locomotora gigantesca suspendida tachuelada al maderamen del cuarto, reducida a lámina cuajada de brillos, y revolvió retazos de cortes en la caja de zapatos. Ni siquiera el rechinar de chapas del techo ni el eventual plañido de la vieja campana a los remezones del viento, distraían al rubio Albino de su concentrada tarea. Tampoco el tamborileo incesante de la lluvia que pegaba furiosa los vidrios del ventanal, se desparramaba siseante en los adoquines de las vías y batía las techumbres de la oscura y abandonada estación. Solamente de vez en cuando miraba de soslayo -entornando los ojos- la monótona gotera que empezó ruidosa y ahora gorgoteaba en el balde. Contiguas a la estampa modelo había algunas fotografías en blanco y negro de operarios en poses de inauguración en andenes y, trepados a una caldera, un racimo de overoles y gorras izadas.

Se levantó de improviso llevando el lampión, apartando la cortina de linón e iluminando la otra habitación con el gato negro ovillado sobre el jergón del catre y recorriendo el hule vistió un miriñaque rojo, molduras de rueditas pintadas y

un ferry-boat gris de plataforma rielada. Volvió a tapar las incipientes maquetas cuando escuchó la distinta disonancia que producen los sonidos fuera de aquellos habituales como una nota discordante que hizo maullar al gatuno dirigiendo sus peludas orejas hacia atrás.

El chico tenía apoyado el rostro desfigurado sobre los chorreantes vidrios más los nudillos que presionaban y por momentos desaparecían para golpear de nuevo. Parpadeaba el fluir de la lluvia en el vidrio del ventanal cuando Albino dirigió la luz y constató que los sonidos eran esos golpecitos que retumbaban.

El bajo y escuálido mozuelo era de su estatura, empapado, descalzo, balbuciendo desde la galería urgencias que el monosilábico Albino respondía asintiendo con la cabeza. Rechazó el chico la toalla y el hule, estático bajo los baldazos como si fuera un elemento más del mismo chubasco, ambos ahora penetrando a la inmensa oscuridad líquida soportada por la gramilla salvaje en trazas de vías desvaídas. Chirriaron las rondanas al abrirse el portón mientras el chico permanecía sorbiéndose las corredizas gotas, inmóvil sobre los rieles brillantes en la negrura y que morían en la abertura del galpón, cuando vibraron por el rodar irrumpiendo un bufido maquinal perceptible entre el desplome de aguas. Atrancó Albino el metálico portón y se deslizaron en la zorra hendiendo la noche.

Nada dejaban visible atrás salvo el viento pertinaz sesgando la lluvia. Resoplidos del chico asido a la manivela denotaban el esfuerzo del impulso en apariencia pues la zorra parecía remachada en el mismo lugar de partida. Los intermitentes relámpagos platinaban en un pestañeo el par de espaldas encorvadas en las

empuñaduras, ora uno elevando, ora otro bajando el columpio del vehículo, descubriendo en un centelleo el paso raudo del esteral ceniza rodeándolos. Eran las divididas márgenes del pantano que avanzaban: pajonales y cardillos emergiendo de dilatadas lagunas que sitiaban el terraplén como si se deslizaran en declive hacia un mar profundo que los absorbería sin rastros en la abisal noche. Pero Albino sabía que rodaban en horizontal pues conocía a palmo el trayecto del antiguo ramal forestal tras veinte años de servicios de mantenimiento. Lo que no sabía, quizás intuyera, eran las culebras y lagartijas que, refugiadas en el talud, quedaban inermes al paso rampante de la zorra. El vendaval arreciaba desde el sur desplegando una magnífica constelación de rayos lejanos y centrífugos truenos, incrementando las invasoras aguas del bañadal que, a su vez, cubrían los muñones de los grandes árboles cercenados. Ahora resoplaba Albino al unísono con el muchacho alguna vez visto jamás recordado de las escasas familias que quedaron desperdigadas en la desértica terriza castigada por soles implacables e inundaciones sorprendidas. Era su voluntad y la del mensajero hamacando cada envión constante hacia el vientre del temporal, rebeldes e indóciles a los rigores naturales oponiendo sólo terquedad y carne en tensión al magma aciago en negritud. Ni aun cuando el mozalbete se recostó en el piso dejando libre su lugar, Albino dejó de maquinar apoyando y presionando un pie para compensar la fuerza de su compañero y mantener el movimiento. Por momentos más lento por los saltitos esporádicos de las ruedas en las juntas pero marchando tras las frases mal hilvanadas del chico en la galería. Sin noción del tiempo transcurrido ahora

era el viento que viraba otra vez empujando las cortinadas de lluvia de frente sin que Albino desistiera tomándose un respiro o midiera la peligrosa cercanía de los torrentes ahogando el terraplén. Que estaban a punto de abrazar los rieles en su indolencia ciega natural de llenar espacios justo cuando el chico se levantó y dijo señalando algo que era nada: —¡Ahí está... mamá!

Porque era invisible lo que Albino escudriñaba hacia la indicación mientras amenguaba la velocidad de la zorra hasta detenerse sobre el último vestigio de vías y el bulto zigzagueado por un relámpago se moviera. Avanzó un raído e inútil paraguas que Albino tiró a la devastada oscuridad revelando las crenchas ensopadas de la mujer cubriendo su rostro ahuecado sobre el bultito. El muchacho la abrazó exhausto, tiritando de frío, y ella algo comentó que el remanso tocaba sus talones al caminar hasta que se sentó en ese lugar porque lo sintió gemir de hambre. Albino la ayudó a subir prestamente más pesada de lo que aparentaba, su flacura adherida a la traslúcida bata y la enorme barriga que era prominente por el esmirriado físico o la avanzada gestación. Sin detenerse ella en su afán de aquietarle pues el nene lloraba bajo la recia lluvia y descorría el corpiño para que el mamar sea un consuelo mientras Albino estrujaba su camisa agachándose. El rapaz alzó un revoltijo de prendas en bodoques riéndose al contemplar las sacudidas del niño al flácido seno. Albino trajo en manos la cálida camisa hecha cataplasma orinada y, sin decir nada, colocó sobre las espalditas de la criatura. Después reinició el inverso recorrido alejándose de las voraces aguas. Renovaban el rítmico rodaje lento y pesaroso, veinte años de mil rodadas para Albino resistente al tiempo y a

los capataces como su tatucita, apodo que endilgó a la zorra, su animal ruedero llevada a la cima de las talas de selva en añosas letanías recorriendo nuevos huecos de cielos.

La mujer se arqueó sobre el niño amamantado. Un quejido lastimero y ronco acompañó su súbita contracción. El chico tanteó la mojada frente de la madre y Albino no cejaba, impertérrito, en el balanceo del rodado. El viento se disipó cediendo a una densa llovizna fría y cortante. Volvió la mujer a lanzar esta vez un vagido profundo. Albino la observó y después hacia delante y ver al paso sobresalir la punta de una chapa en el lodazal. Pero nada dijo ni aún surgiendo en progresión unos tirantes truncados familiares. Ahora sí la mujer se doblaba de dolor sin soltar al niño dormido en el sopor húmedo del pecho. Las siluetas conocidas de la estación en desuso, algunos galpones y su casucha brotaron en la penumbra a medida que se acercaban. Varios trastos estaban diseminados alrededor: restos de una mesa, más allá un catre plegado, una locomotora sin ruedas y, cuando Albino descendió, tropezó con jirones de su lámina. No tuvo tiempo para indagar los destrozos de la tormenta. La mujer estaba hincada en las vías y el chico sostenía al lactante en brazos.

No tenía experiencia pero la intuición del suceso era inminente. Ubicó a la mujer en un asiento pullman del derruido galpón, chispeó el pedernal sobre un manojillo de astillas y una voluta de humo ascendió débilmente. Volteó los enseres amontonados, eligiendo los más secos y, descargando en la pequeña fogata, pudo ver el iluminado y desencajado rostro moreno de la mujer. Hizo señas al chico que

se aproximara al calor con el bebé, arrojó una cuchilla al fuego y ágilmente salió al descampado. La mujer hipaba recostada en el asiento, las manos en el abultado vientre mirando con desesperación a sus hijos. Vino él con una lata de agua, avivó las llamas y acomodó el recipiente. Respaldó el pullman con soportes e hizo que la mujer permaneciera reclinada. Ella abrió las piernas conteniéndose y soltando una expiración visceral y luego aspirando aire, humo, y lágrimas y sudor que se escurrían inacabables por sus pómulos. Con una tenaza Albino extrajo la cuchilla incandescente y se arrodilló, no por experiencia, sino por una espontánea entrega a los seres en trance -ayudó a una yegua montaraz a parir- pues era una vida en búsqueda del saturado humedal del galpón impelido por la formidable prensa abdominal emergiendo, abandonando la placidez amniótica para regodearse en la ligera humazón rastrera pues la sanguinolenta cabecita y cuello y hombros minúsculos resbalaban entre sus manos, y la mujer gritaba al desmenelado techo del tinglado ferroviario mientras, más allá, el chico mecía al nene ladeado sobre el calor de las llamas. Él tironeó la pegajosa e informe masa estriada de sangres, firme y constante, hasta que los labios circulares y peludos se fueron cerrando tras la expulsión. De un tajo cortó el cordón -en la parte fina como había hecho con la yegua-, miró a la mujer levantando al angelito y ella con la mirada esperanzada mezcla de angustia y alborozo, aún despatarrada hizo gestos al extraño y ella misma destapó la gelatina mucosa de la trompa del recién nacido y un agudo chillido coronó la sublime fajina.

-Si quiere es para tu ahijado -dijo ella, sonriéndole.

Afuera, maltrechas y en pedazos, yacían sus maquetas en derredor.

Veinte años esperando volver con sus regalos liliputienses: la locomotora para el padre, el ferry para la madre. Allá en su pueblo desde donde partió para triunfar como maquinista.

El diablo enano

Ni la más remota idea tenía Saturnino, alias Pitoco, de que ella existiera no lejos de su ranchada: al otro lado del río una decena de kilómetros. Pues su mundo se circunscribía al diario trajinar en el muelle ayudando a su padre, peón de descarga de frutas y hortalizas, peleándose con sus hermanos -peones también en el atracadero de lanchones y el ferry- y aguantando las chanzas por su baja talla.

Es que Saturnino no tenía la estatura normal para un muchacho de su edad: era enano. Único espécimen de una familia de larguiruchos incluidos los padres y abuelos. Pues si hubiera habido algún antecedente de enanismo en los ancestros quizás las chanzas fueran más benignas. Ya había superado bastante su complejo -apoyado por la madre- rebatiendo cuando podía con agudeza y a veces con crueldad las divertidas pullas.

Pero donde más estaba a sus anchas y en un trato igualitario era con el bullanguero grupo de los diablos. Lástima que solamente una vez al año se reunían en ocasiones del carnaval. El clan de disfrazados conformaba *Los magníficos satanases* un exponente imprescindible en los corsos ciudadanos por sus estupendas presentaciones, endiabladas volteretas, galas vistosas al compás de tambores, redoblantes y cornetines.

Desde meses antes la madre preparaba el disfraz para la ocasión: el traje del año anterior -un reducido corte de satén escarlata y tul rojo para la capa que ella trocaba

por bananas en el mercado- más la hechura doméstica de trapos alambicados forrados para los cuernos y la larga cola y el tridente que Saturnino alzaba cuanto podía para equipararse en altura a sus compañeros diablos. Sin embargo, ese año Saturnino estaba decidido a abandonar su enmascarado demonio. Buscaría otra murga o comparsa del mismo barrio pues los otros satanases se llevaban el oropel de aplausos y vivas en las demoníacas coreografías mientras que él ni siquiera asustaba a los niños que al verle sólo deseaban jugar. Solamente los perros le ladraban desaforados quizás por su menudez y considerarle así más vulnerable.

En esas mentas andaba al terminar el desquicio del desfile carnestolendo en el centro de la ciudad, calmando la sed con el resto de la diablada acodados sirviéndose cervezas y sangrías alcohólicas coloreadas como sus vestimentas en el bar de la esquina de su barrio costero. Sentía Saturnino que la celebración no le pertenecía, ajeno a la algarabía reinante y tratando de permanecer disimulado cosa difícil pues era estimado como la mascota del grupo. Desde que nacieron *Los magníficos* integraba el saltimbanqui rejuntado luciferino y era considerado además un socio fundador. Él también correspondía las demostraciones afectuosas sin transmitir el más leve asomo de disgusto o rabieta personal haciéndose la idea que el año entrante sería el decisivo para su alejamiento. Mientras tanto bebía para confraternizar y olvidar sus cuitas íntimas, exigiendo que le colmaran el vaso como a todos ya que él por más enano que sea y por menos superficie de cuerpo que disponía para que circule la cerveza -y así corresponderle menos bebida según sus colegas- tenía las mismas funciones: la sed, la hinchazón del vientre, el eructo y la orinada eran iguales. Así que no le vinieran con pendejadas, decía.

En ese tramo de la velada saturnal Saturnino ya estaba en franco declive y avizoraban que dormiría la mona ahí mismo pues cumplieron con sus órdenes: colmar el vaso tantas veces como quisiera. Mareado y a tientas no aceptó que lo sostuvieran ya que él podía con su físico, dijo aguardentoso y esquivo.

Sólo un concepto tenía claro Saturnino: seguir las vías juntas, pues era la tabla de salvación entre tanto avance de fachadas y árboles más grandes a la luz de la luna que se le desplomarían encima en cualquier momento. Así que tropezándose en los durmientes continuó zigzagueando las rutilantes vías de ferrocarril. La sorpresa fue encontrarse con una mole oscura en mitad de los rieles sin estar en su libreto. Pero como tenía escalerillas semejantes a las del pórtico de su casa, no dudó de que su ángel de la guarda evidentemente cumplía su trabajo al acortarle el recorrido. Desfalleciendo de cansancio trepó al vagón y recorrió la oscuridad del pasillo hasta hallar la cama de la felicidad: un montón de sacos blandos y mullidos de correspondencia donde depositó su incendiado cuerpo de diablo.

Ni la más remota idea tenía Saturnino que ella existiera. La casa del jefe era del mismo tipo y material que la pequeña estación: ladrillos a la vista y perfil inglés. Desde hacía años la rutina horaria era cumplida concienzudamente por el jefe por más que circularan de ordinario seis convoyes semanales: cuatro de cargas y dos de pasajeros ida y vuelta a la capital sin detenerse en demasía. Pero aun así el señor permanecía uniformado en su puesto acompañado de su fiel Sultán. Incluso el almuerzo era llevado por una de las hijas desde el chalet distante un jardín de por medio; pero solamente en esas ocasiones pisaban sus hijas o la esposa el

lugar. Es que el jefe vivía obsesionado con la enfermedad de Anita -la tercera en la cuenta de las hijas-, joven de hermosa estampa y cautivante rostro, quizás la más agraciada de su prole, pero con una disfunción tremenda: quedó muda a los diez años de edad de un día para otro.

Vanos fueron los intentos del padre en la sanación de su querida hija. Consultas médicas, tratamientos infructuosos, sesiones psicológicas en la capital sin resultado alguno. Tampoco las curanderas del poblado dieron en la tecla del espinoso caso. En algo coincidían sin embargo: todo comenzó una noche con la vista, por parte de la pequeña, de la luz mala colgada en el guayabo del jardín. Eso significaban los arabescos dibujos en sebos de velas derretidas sobre la superficie de aguas de manantial. Esa impresión alucinatoria produjo en Anita la pérdida del atributo máspreciado: el habla. Recomendaron cortar de cuajo el guayabo o atrapar al brillante duende -acción impensada y loca- para revertir el proceso del espanto. El padre taló el árbol plantando una santa rita en su reemplazo sin que Anita tuviera la más mínima respuesta salvo balbuceos y salvaciones que hacían lagrimear a los impotentes padres.

Arrellanado en el convoy Saturnino no percibió las zarandeadas de embarque del ferry ni los traqueteos monótonos del rodaje del tren. Era una bolsa postal más entre los costales con la diferencia del atuendo rojo subido acompañando los vaivenes de la marcha. Despertó de pronto por los bruscos movimientos de llegada o salida -no precisaba con certeza- o por el calor sofocante del vagón y las sacudidas violentas que repentinamente lo volvieron a la realidad: asomándose

a la ventanilla creyó que soñaba. Un enorme cartel rezaba Carmen del Paraná al refulgente sol de mediodía.

Tridente en ristre saltó al andén, escondiéndose tras unos matorrales, tratando de esclarecer su mente ligada por último al caminar la trocha rumbo a su casa y después la oscuridad. Esperó paciente encogido que el tren partiera y que el terraplén se despejara de vendedoras de alojas y naranjas peladas y, dando un rodeo, se desplazó a los trasfondos de la estación.

Anita barría la galería absorta en la contemplación mecánica de la escoba sobre el ajedrezado piso. Saturnino tendría que decidirse pues tarde o temprano le descubrirían sobre todo si había perros a quienes más temía. Avanzó con sigilo por el caminito del jardín y rápido ahora por unos gruñidos próximos, corriendo con la capa roja al viento surgiendo de golpe ante la joven ensimismada en su mudez y barrido, arrastrando la larga cola y el tridente en alto, los ojos saltones inyectados de borrachera pasada y el tizne de carbón corrido por sus regordetes cachetes.

Fue un espeluznante alarido que hasta ahora cascabelea en los oídos de Saturnino, tal fue el clamor de Anita, súbitamente paralizada por aquella aparición dantesca de un diablo tamaño muestra que brotaba del infierno. El padre, los changarines, la madre y hermanas, los caballos uncidos a carros, Sultán ladrando en furibunda corrida y los pájaros alzando repentino vuelo, oyeron el fenomenal grito. Pero el padre distinguió algo particular, original, inocente y deseado que tal vez nadie se hubiera percatado: era el singular sonido de una voz recuperada en

su primera palabra, “¡papá!”, que siempre repercutiría en su memoria en los años por venir pronunciado con vehemencia por Anita desde la galería.

Saturnino fue el rey del lugar. A partir del acto fue considerado un manosanta. Anita recuperó la voz y al parecer también quiso recuperar la ausencia de lengua en años de silencio, pues hablaba hasta por los codos. En retribución Saturnino fue designado encargado de playa en la estación. Avisó a sus padres que pronto los visitaría. Por ahora, cada vez que Anita viene con la bandeja de merienda, sus miradas se encuentran en ojeadas diabólicas.

Joselito va al cine

Él era del Abasto. Se crió en el mercado sin origen cierto. Es como si hubiera brotado del bullicio de la jerga mercachifle entre repollos y sucias arpilleras. Incluso si alguien preguntara el apellido tampoco sabrían con exactitud: todos lo conocían por Joselito. El mimado Joselito tenía por madres a groseras mercaderas, gatos vagabundos por compañeros de juegos y borrachos changarines por tíos. No tenía padre postizo en ese bullanguero edificio de alto tinglado y opacas claraboyas, atestados pasillos y ruinosos portones. Un niño adoptado por la familia puestera como un perrito sin dueño. Y como tal criado en el gran útero de mercaderes y marchantes: sin escuela ni fiestas de cumpleaños pero bien alimentado y arropado. Nada era regalado. Se ganaba el aprecio y el sustento con dedicación y esmero en la diaria fajina mercadera. En un cuchitril bajo una escalera tenía su habitáculo. Salía con otros muchachotes de su edad -un rejuntado de lazarillos, lustrabotas y canillitas a quienes el remanso del azar los unió sin que supieran si eso era amistad o compañerismo casual- en juegos clandestinos de dados o barajas o saltando cercas en parques de diversiones o pajeándose en los cines pornos.

Fue a partir justamente de una película que Joselito cambió. Se volvió melancólico. Se pasaba largas horas frente al espejo mesándose los rubios cabellos, peinándose para atrás, ensayando miradas oblicuas, frunciendo el entrecejo y acentuando los hoyuelos en rictus de sonrisas elaboradas. Las salidas de fines de semana eran

puntuales. Solitario y estrenando vestimenta: jeans, camiseta blanca y campera de cuero roja o negra. No sabían las comadres adónde se dirigía con esa pinta de petimetre engreído y sonriéndose de costado como lamentándose de la perra vida que les tocó en suerte a todos. Era al cine, persiguiendo el recorrido de una película por diferentes salas. Se las ingeniaba para deletrear la cartelera de espectáculos en los diarios prestados. En las antesalas Joselito admiraba los coloridos afiches en los vidrios con el rostro de su ídolo, comiéndose el inglés de los parlamentos y silabeadas las mayúsculas de la traducción pues rápidamente desaparecían. Pero aun así entendía por actitudes que únicamente un dotado actor como el idolatrado podría hacerse entender con esa rastrera y cautivante voz que parecía posarse sobre los objetos y las personas y aprisionarlos en su espacio.

Salía brioso imitando una levantada de ceja izquierda que no la tenía ensayada y un sollozo entrecortado arrodillado al cuerpo de su amigo Platón absorbiendo en el semblante la médula del dolor que lacera y desgarrar el alma hasta que transeúntes curiosos lo volvían a la realidad. Además, se enteró por el quiosquero que el actor se mató en un accidente. Ya venía la próxima y Joselito se embriagaba de placer soñando en asistir tantas veces le fuera posible. Mientras tanto tenía las revistas y las fotos. Comenzó a interesarse en la lectura. También eso notaron: unas ganas de aprender a leer no solamente el español sino el inglés. Se nos volvió fino el petiso, decían. Encima se había cambiado de nombre: Jimmy para todo el mundo, como si fuera un gringo.

En Balvanera vivía ella. Elegante y de una remozada madurez. Daba la sensación

de mujer juvenil, pero en cercanías sobresalían los afeites y cosméticos delineados en un rostro que semejaba la lozanía pasada, una máscara nacarada que incluso apagaban gestos que supuestamente tendría o quizás fuera la fiel expresión de su distante personalidad. Solamente por ese delicado maquillaje disimulado para resguardar arrugas y por el corte del peinado -recogido en rodete con redecilla- se colegía que se trataría de una dama madura, pues el talle y fina cintura eran de colegiala. Es que Romualda -apodada Romy- se había conservado alejada del trajín cotidiano y del matrimonio sin que se supieran romances o flirteos en su metódica vida. Tenía una sola pasión: sección vermouthe del cine de sábado. Vivía de la pensión que sus fallecidos padres dejaron a la soltería de sus hijas y, como Romy persistía en mantenerse doncella, usufructuaba de por vida el legado. Tenía empapeladas las paredes y el cielorraso del departamento con la galería de astros de Hollywood y James Dean emergiendo por doquier.

Al salir una noche del Luxor tuvo una rara sensación mientras se colocaba los guantes. Todavía resonaba en sus oídos el desolado discurso de Jimmy en el monumental salón desierto semeando su mismo mundo, solitaria en el caos incomprensible de la ciudad sin que nadie la atendiera. Solamente él, el propio Jimmy trasladado desde la pantalla por una ilusión óptica a su lado, a un paso de la acera mientras no terminaba de enguantarse observándola con aquel dejo de criatura abandonada que ella admiraba en la gran lámina de su cuarto. Era el mismo carnalizado desde el celuloide, pero no por los avisos de la vidriera, en la ya vacía antesala, sino fumando con el pulgar derecho metido en el cierre

apenas levantado de la campera negra y la otra mano pasándose fugazmente por los cabellos mientras la miraba penetrándola. Y fue maquinal e impensado en ella, tan reacia e insociable, pero fue un rapto de memoria de golpe insuflada para que su lengua apalabrara: “Hola, Jimmy”.

Él entrecerró los ojos a la manera no de Joselito -que no se le hubiera ocurrido siquiera- sino de Jimmy, el retratado en el espejo de su habitáculo, pues estaba en la vereda todavía con el sopor violento de las imágenes que suponían ver a su Natalie delicada de fino talle reconociéndolo como triunfador después de la trágica carrera del acantilado. Así que la tomó de la mano naturalmente, mascullando algo en voz en semitono suave como “vamos al paraíso, nena”, y ella cedió ante la invitación pues sería un desaire transgredir los libretos marcados donde precisamente esa escena era fundamental.

Ambos se concertaban para ver las películas del actor rebelde, fallecido en un accidente automovilístico en los albores de su carrera, hecho remarcado por Romy ante un Joselito transformado, al cual ella continuaba llamando Jimmy y él, Natalie, platicando en la pizzería que era necesario se sepa que la madre regenteaba un prostíbulo de lujo y el padre ¡ay, el padre! rechazándolo.

Cuando Jimmy llegaba a esta parte lloraba sin consuelo y exclamaba que él era también un huérfano y necesitaba el amor de ella, siquiera una tierna mirada y ambos en la pizzería se enjugaban las lágrimas prometiéndose amor eterno ya que estaban desamparados en la orfandad de sus vidas. Para compensar tremenda soledad resolvieron compartir los deleites de revivir las actuaciones de las

magníficas películas. Él seguía en el mercado cada vez más reservado. Pasaban juntos en el departamento la mayor parte del día conviviendo con James.

Un día ella adquirió un auto deportivo convertible con sus ahorros y alegremente le dijo entregándole las llaves: “Es para vos, Jimmy”.

Nunca más apareció Joselito por el mercado. Tampoco lo vieron los vecinos de Balvanera. Hasta que se enteraron del accidente.

Ella continuó con las sesiones de vermouth los sábados, de luto, riguroso luto.

La ballena en la Avenida Brown

Si había una parte triste en la ciudad todos coincidían en señalar la pared opaca y alta que limita con la avenida Brown. No era para menos ya que se trataba del cementerio, si bien algunos escasos admiradores tomaban nota de su compacta desnudez sin resquicios ni para una brizna de yuyo, coronada de tubos al modo de almenares donde -se suponía- se realizaba el intercambio gaseoso entre las bóvedas de nichos apilados y el aire.

Una arquitectura plúmbea decían los entendidos, sin árboles ni grama ni pájaros que adornaran la nada invisible y gris. La mayoría trataba de esquivarla caminando por la acera opuesta, distrayéndose en los modestos jardines y portones de las módicas viviendas cuyos arrendamientos eran los más bajos de la ciudad habiendo una o dos que siempre portaban anuncios de alquiler.

El señor Estemba recorrió -mochila al hombro en un mediodía de bochorno- la resolana del solitario trayecto y el perímetro del muro, se apostó en una esquina sopesando las posibilidades hasta que la luna emergió rotunda y clara.

El local era pequeño. Se podría utilizar la estantería y el mostrador del antiguo locatario que se fue sin pagar, comentó la dueña. La suma del adelanto era irrisoria pero habría que medir las experiencias de tantos negocios que se instalaron en la cuadra sin capacidad de progreso. El señor Estemba abonó tres meses más la compra del mobiliario del otrora bar. Lo único que solicitó fue la colocación de un cartel.

—¡Pero sí hombre... Ponga un monumento si quiere! -dijo la dueña- El viejo está enterrado aquí enfrente. Siempre decía que no quería estar lejos de mí ¡fue a propósito! ¡Imagínese, comprar esto frente al cementerio! Donde todos se funden. Menos usted, por supuesto.

Estemba convino en que era probable que se fundiera. Dormiría allí. Era hombre sin vicios, dijo, venido en tren desde el sur resuelto a aprovechar los años productivos de la vida y hacer plata. La dueña se encogió de hombros con estos comentarios.

El comercio abrió la única puerta una mañana de verano en que el norte embestía tozudo contra el paredón. Los ocasionales transeúntes se sorprendieron de que un nuevo bar se presentara a la vista, sencillo y sin estridencias de apertura. Salvo la enorme ballena descansando plácida sobre la fachada superior, recubierta de miles de lentejuelas blancas remozándose en un mar lentejuelar azul -el cartel era más grande que el propio bar- con una bocaza de blanquísimos dientes y un chorro de espuma que se esparcía en el claro horizonte.

—Una alegre ballena blanca -comentaban.

El principio fue desalentador para Estemba. Había desconfianza y hasta lo tildaron de extravagante. Abrir un local de bebidas donde se supone que hay que sentarse para consumirlas era una insanía, nada menos que frente a la pared de la avenida Brown donde los gusanos son reyezuelos perpetuos.

Sin embargo, al poco tiempo un rumor corrió y, dando crédito a las habladerías, algunos acertaron a concurrir disimulando resquemores por temor al ridículo.

Sucedía cada tanto. Una luz blanca, imprecisa en sus contornos, trepaba desde los cimientos y progresaba a un ritmo lentísimo perdiéndose en lo alto. Era un espectáculo que no se daba todos los días. Había que tener corazón y observar semejante encandilamiento. La noticia se propagó con rapidez. Había que ver la blancura de la amorfa luz, su aparición y posterior ascensión.

Estemba predecía los días clave del acontecimiento. Colocaba mensajes anunciando los horarios y aconsejaba no propasarse con la luz ni tratar de asirla. Insinuó que quizás las almas de los muertos se unieran en un haz luminoso para llamar la atención.

Eso bastó para que desde barrios alejados se vinieran arracimados en camiones, colmaran la salita, se esparcieran por los alrededores y velones encendidos parpadearan en las noches. Ancianas tocadas de negras mantillas oraban aves marías por las almas del purgatorio, madres jóvenes rezaban amamantando críos moquientos y obreros de overoles bebían cervezas frías.

El tiempo que mediaba entre las apariciones era para conjeturar sobre la venida de la luz mala de los campos, la señal del fin del mundo y la presencia de seres de otras galaxias. Esto daba lugar a interminables rondas de aparecidos y duendes que saltaban en las mesitas del bar de pies al revés, agudos silbidos y falos enroscados a la cintura. Se tejían y deshacían argumentos puestos con fervor en las discusiones hasta la víbora que mamó del seno de la doncella dormida, el diablo de cola azul que hace aparecer los objetos perdidos y el aliento a leche hervida del cancerbero de los sepulcros.

Estemba atendía solícito y parco. Se multiplicaba en las labores, respondía con monosílabos y guardaba dinero en los bolsillos del delantal. Contrató dos ayudantes ampliando sus actividades: venta de postales, estampitas, cirios y flores. *La Ballena* resplandecía y su propietario contaba en los silencios de los amaneceres los pesos ganados.

Los alquileres del entorno subieron a cifras exorbitantes y las transacciones eran voluminosas. En comparación la dueña sólo recibía migajas, debido al contrato, lamentándose en la seguridad de la maldición del finado marido.

Dado el trato cordial de Estemba con las autoridades, a quienes conseguía ubicaciones preferenciales, se cortaba el tránsito durante las apariciones.

Ese verano fue uno de los más calurosos. Las noches eran sumamente cálidas y las chicharras se aventuraban en plena luna llena. La avenida Brown frente a *La ballena* había cambiado. Amanecía colmada de desperdicios, bebedores dormidos y perros curiosos. La pared recibía pintadas de frases y esquelas de agradecimientos, coronas de magnolias y crisantemos, muletas, velas en argamasa derretida y trenzas de cabellos.

Al llegar abril la lluvia comenzó como garúa, al otro día siguió mansa y con globitos y la gente opinó que había para rato. A los quince días corridos Estemba fumaba nervioso maldiciendo el agua de los cielos. La luz se había ocultado.

La pared quedó lavada de leyendas. El viento derrumbó los arcos de palmeras con papeles glasés y láminas rotas de vírgenes y santos colgaban de lejanos mangos.

Un día de monótona lluvia en que adormiladas moscas recorrían el vacío local,

Estemba desarmó las piezas de la gigantesca ballena. La dueña comprendió con regocijo que el inquilino se largaba al ver la espesa humareda en que se retorció la ballena en la calle y que todo volvería a ser como antes.

Estemba se despidió una tormentosa noche con la mochila al hombro, rumbo al extranjero, según murmuró, dejando sobre el mostrador un billete como propina.

El silencio se adueñó de la avenida Brown. Los negocios inmobiliarios eran casi nulos. La dueña volvió a colocar el cartelito de alquiler. Escoba en mano aseó el local y, entre los papeles que llevó a la basura, figuraban anotaciones sobre lunas llenas y nuevas, días y horarios e incidencia de luz lunar con mediciones sobre un dibujo de ballena.

Lo que nunca supo Estemba es que, pasado el diluvio, y en noches sin luna aparecía la luz en la pared. Pero la gente no daba importancia, pues ya no estaba el bar.

La lombriz

Hoy debería matarlo. No me costaría mucho. Hago unas señas que digo solamente una, la conocida, la universal y tengo el material: los chorizos. Miro al choripanero, me sonrío, ya está pero doy vuelta la cara, no vaya a creer que por unos simples y asquerosos chorizos me abra de piernas, seguro pensará que estoy muerta de hambre, que los chicos tienen que comer también. Nada que ver. Estoy pasada de hambre. No es en la barriga donde se siente, por lo menos a mí, hace años busco dónde estará el hambre en el cuerpo para atraparlo y hacerlo salir, arrojarlo a un profundo pozo ciego. Es por día y por momentos: en la garganta, en el pecho, en las espaldas. Pero es escurridizo. Pongo de carnada un trozo de pan en la boca y mastico despacito y al ratito desaparece. Los chicos me dicen "¡tenemos hambre!" ¿cómo saben? Porque les chirrían los mondonguitos al ver las tortas en las vidrieras y la saliva les gotea el paladar, atrapan el hambre grito y coloco el pedacito de pan en cada boquita como hostias, menos a Jorgito. Él sí que mató al hambre con la tierra. Sencillamente logró vencer al hambre. Al fin uno de los nuestros es victorioso. Siempre tiene los labios cubiertos de tierra, come tierra. Yo traté de comer tierra pero es insufrible, no sé cómo Jorgito se anima a tanto. Él está sabiendo que su parte no la necesita, le paso el pedacito y me mira con sus grandes ojazos negros sin decirme nada porque come tierra y está gordito. Los hermanitos juntan tierra para Jorgito. Le digo a Capullo que debe tener bichos, esas lombrices moradas que hay en la tierra la debe tener en el intestino porque a

ellas les gusta la tierra. Capullo me muestra la boca podrida y dice que es morada también. Sí, morada por el vino tinto, forza quitándoles las moneditas a los chicos para el chupi, dice que tiene una lombriz sedienta, que la mantiene adormilada con el vino tinto, sino crecería y lo mataría desde adentro. Entonces sería fácil: le birlo el líquido y en una semana tengo una lombriz gigante a mi lado y la mato. Porque es un inútil para todo. Sirve hasta ahora solamente para pegarme y empujarme. Me empuja y sale un hijo. Es como escupir al huerto y sale un repollo. Me parece que ya no es él, el Capullo cariñoso y atento de cuando nos juntamos, él decía que el hambre vivía en el estómago y fue engordando no sé con qué, engordando el estómago, le hundo el dedo en la panza y queda el hueco en la carne fofa, todo él es estómago vacío, le toco el lugar donde el corazón y también es globo inflado, no tiene latido, le tapo la boca cuando ronca y el ronquido sale por abajo. Sí, él ya no es él: es la artera lombriz hinchada. Duermo con un gusano repugnante. Y por lo tanto debería matarlo.

Y salvar a Jorgito antes de que él también se transforme porque yo lo quiero, es mi hijo, quiero que sea como los demás: alegres y pedigüeños. Siempre triste mirando el mundo como si fuera ajeno. “¡Es nuestro mundo!”, gritó. Pero no hay caso. Busca la tierra. Esto es puro cemento. Él se las amaña. Un descuido cuando rejunto cartones y ya está en el primer cantero que encuentra, pasando las rejas de un jardín, en la plaza. Lo voy a encerrar en uno grande de heladera, haciendo huecos para que respire y le paso la comida. Perderé el envase tanpreciado ¿uno de televisor? ¿lavarropa? Son pequeños, no tendría espacio para jugar. Perderé,

pero ganaré. Porque la comida atonta la lombriz, si no crece y sos un muerto en vida, te arrastrás como gusano buscando comida sin jugar, no sos un ser humano y, por lo tanto, te aplastan sin querer, claro, ¿a quién se le ocurriría ensuciar las suelas con algo gomoso, amarillento, que revienta con un sonido de castañuela? Me imagino que a nadie. Salvo yo. Porque es distinto. No es lo mismo esquivar un bulto maloliente en la calle que convivir con el animal, y puedo decir eso y me da mucha alegría de pertenecer todavía al género humano, lindo género que te hace pensar en mil cosas que tal vez no tengan los gusanos, no definitivamente no.

El Capullo ya está del otro lado. No busca el sol para despiojarse, tiene telitas azules en los ojos es puro vidrio azulado, en vez de cejas tiene pelos de punta que parecen antenitas, el cabello es una pasta blanquecina, hundidas las tapas de los sesos y babea un líquido oscuro sobre la barba de chivo. Ya no busca el vino tinto. Ahora anda tras los lustramuebles o encolados en las cajonerías. Clara señal. Busca los fúnebres para comer los cuerpos de los cristianos.

No puedo convivir con eso. Todavía estoy a tiempo. Ésa es la alegría que tengo: el hecho de que pueda pensar así. Porque desterrada la bruta lombriz su parte irá a Jorgito. Esa es la simple y rotunda razón. Una razón de puta madre. Y tengo el elemento de madre mujer que, con sacudidas, que hace el hambre, ahí entre los muslos, me da placer, doy placer con quejidos y, de vez en cuando, dolor sangrante al asomarse las cabecitas de mis bebés frutos del hambre, no tener televisor o lavarropas automático o heladera para distraer el hambre que sale metido en los cuerpiitos de los hijos, que digo, son los mismos cuerpos nacidos con angurria desde el vamos.

Así que, con el elemento de mujer en mis manos a punto de ser sacudida y mojada por unos instantes, tendré una ristra de chorizos a cambio. Haré un favor al mundo. La ristra es una docena que bastará para que la lombriz llamada Capullo se intoxique. Cuando ronque le taparé la nariz, le abriré la hedionda boca entre las barbas de chivo y le meteré de a uno los chorreantes chorizos. Como no tiene dientes correrán grasientos por el tubo de las tripas. Cocidos claro para que sean digeribles.

Levantó la mano al choripanero.

Trofeo de caza

A juzgar por las huellas era felino, visibles por las cuajaditas al borde del arroyo. En el contorno, sin embargo, no se distinguían con facilidad pues estaban emparentadas con otras que hacían borroso el conjunto. En la orilla eran nítidas, y sería un bicho de regular tamaño, un yaguareté sin duda por la delicada presión de las pisadas.

En cuclillas, sintiendo el frío caño de la escopeta en el cuello, pensaba que el pintado habría percibido el olor de los perros mestizos que chapaleaban gimosos en el agua y de él que fumaba pensativo.

Fue tan natural hasta ahora: acechó el yaguareté el trillo por donde pasaría el venado, atacó cuando bajó produciendo después el redondel de matas destrozadas que hallamos -claros indicios de resistencia a las zarpas- lo acarreó desventrado a la umbrosa espesura y pacientemente eligió las piezas que saciaran el hambre. Colgaba en lo alto de la horqueta un pulular oscuro de hormigas sobre cuencas y espinazo del venado. Quizás después retrocedió en círculos hasta el arroyo. En el recorrido había una marcha desapareja que confundía como si caminara de costado o bien se trataría de una yunta de tigres.

Presumía que no estaba lejos. Dejó vagar la mirada por el sinuoso curso del arroyo, los ramajes casi tocándose en algunos tramos de las márgenes hasta la desembocadura, los parapetos de verdes brillantes verticales al cenit abrasador y la frescura del líquido verdoso empapándole la nuca.

No, no volvió a salir del agua. Tal vez haya remontado el cauce y trepado al barranco opuesto. Quizás estuviera observándole entre los claros del monte, indolente y satisfecho, acicalándose las patas, los pabellones de las orejas dirigidos hacia él y a los perros tigreros.

—¡Aquí estoy!, gritó. El aleteo espontáneo de algunas aves respondió al eco y la selva reanudó a poco su polifonía.

Ésta era la parte de la cacería que más le gustaba. No deseaba la compañía de sus amigos siempre apresurados. Sellaron el compromiso de reunirse en el bendito a los tres días exactamente desde que se dispersaron.

Para ese entonces terminaría la persecución: cazaría al yagüareté y lo disecaría para la colección. Si hubiera hallado la senda del venado con antelación seguro lo tendría despachado. Pero el animal era desconfiado y evidentemente trataba de huir.

Si se le ocurriera pasar a la zona lindera estaría perdido pues el terreno se hacía pedregoso con declives abruptos, árboles bajos que circundaban lamparones de piedras y una raleada vegetación desaparecía en un manchón de rocas suspendidas a pico sobre las aguas.

Rastreó la lonja que, como una lengua insular, se asomaba al río. Azuzó a los perros que se esfumaron gimiendo y brincando, siguiendo una pista certera al parecer, los rabos barcinos y tostados moviendo el follaje en la carrera, ladrando inquietos. Un olor montuno apretábale la respiración, jadeante tras los perros hacia el animal quizás cercado en el peñón. Acercóse con precaución, apartando

suavemente las ramas, acomodó la culata apuntando mientras la jauría no daba tregua más allá a su acorralada presa. Espumarajos blancos salpicaban el aro de lucha. Algunos perros aullaban de muerte con las carlancas puestas, las tripas al aire al ser alcanzados por las garras y los demás en un círculo encrespado de furia y rugidos de bestia cercada.

Justo en la mira movediza. Fue en el segundo preciso del relumbrón en que el yaguareté paralizado intuyó el raro brillo metálico del arma, ajeno al dominio de sus sentidos, y sonó el disparo. El haz de nervios y músculos tensados que mantenían en vilo a los embravecidos perrunos se estiraron en un arco suspendido en el vacío, las uñas rasgando el bochorno de la tarde, los ojos rojizos desmesurados y estampados de sorpresa, al ver estallar mil soles de un bruñido caño. Fue el estampido y el espontáneo retroceso de carnes propulsadas al Paraná tras describir el último salto ingravido desde lo alto a las aguas que cubrieron el convulsionado manto amarillo de pintas negras en un chasquido.

Lo que parecía una segura caza se transformó en decepción. Las correderas eran veloces y el cuerpo sería bocado preciado para los pescados antes que el río abandonase los restos en los remansos. En derredor se notaban los signos de las embestidas. Estrías de sangres, babas y algunos quejosos y moribundos perros de cara al cielo. Pero había algo que olisqueaban. Todavía no había desaparecido el remezón de olores. Además los ecos de los bramidos persistían como dilatando la profundidad de la serranía, lastimeros y resonantes, aumentados por la concavidad del hueco, esculpido como una trampa secreta seglar ahora recreada por la visita

de un imprevisto felino. Es seguro se habrá deslizado por el hoyo buscando refugio durante la pelea. Entonces supo que un cachorro de yagüareté había resbalado en la hendidura pedregosa, un ojal en la macidez del promontorio. Y que el baleado era una hembra madre.

Vanos fueron los intentos. Un fino palo para que se prendiera era rechazado con forcejeos. También con la banda de la caramayola. Los maullidos eran desesperantes, posiblemente al sentirse enclaustrado, rebelándose el cachorro al encierro, embistiendo el ánfora mineral, saltando incluso contra la abertura de luz a la que no lograba asirse.

Se compadeció el hombre de aquel ser condenado por su acción a morir sepultado en una mortaja de rocas. Cuestión de buen cristiano era, en vista de la imposibilidad de salvación y evitar el sufrimiento, un tiro de gracia. Pero antes tendría que procurar, pensaba, sacarlo con vida. Los perros reponíanse lamiéndose las heridas.

Acometería la última tentativa: introduciría la mano en el pétreo estuche antes que cayera la noche. No bien traspuso la grieta sintió la humedad pegajosa de las paredes.

—Vení chiquito -decía- agachándose aún más, extendiendo los dedos en una suprema búsqueda del calor animal. “No te asustes pequeño, un poco más. Te prometo que te cuidaré y cuando seas grande te largaré al monte. No me arañes, si estamos a punto de salir”.

La tarde se arrebujaba en la costa. La escopeta y la caramayola con el machete cruzados más allá y él tendido sobre las molduras de piedras.

Manoteaba el aire muerto, el brazo desaparecido hasta el hombro, para que no digan los compinches después que no trató de salvarlo, que tan malvado no podría ser, por lo menos tenía el brazo entero en el hoyo para izarlo y si fracasaba traería barretas para forzar las juntas sedimentadas por siglos, que ya le apretaban la circulación en las axilas mientras él o ella infante jugaba con el pulgar lamiéndolo con la aspereza de lengua felina y rasguños lúdicos a la extremidad atascada en el ojo único de la mole.

El escozor trepaba el brazo hinchado que no respondía a los movimientos. A cada intento de zafar más le comprimían los bordes. Estaba lúcido pero atrapado, la cantimplora a la vista sin poder alcanzarla, el machete y la cuarenta y cuatro cruzados como objetos incorporados al ambiente, estáticos y lejanos. Los perros perplejos por su posición anormal, se retiraban cada vez más.

La luna espléndida rielaba en el río, los pájaros nocturnos trazaban ángulos en las sombras y un frotar monótono de élitros percutían las riberas. La clara noche se le hizo eterna.

Amaneció sin modificación alguna entre vahídos y pesadillas. Se hallaba entumecido por la frialdad, orines y rocíos de la madrugada. La ingente claridad se aprestaba a reverberar en el río y a calcinar los cerros. Cuervos exploradores zangoloteaban en círculos altos.

Con aquella mano amiga el cachorro se había calmado. La tenía como anestesiada. Por eso no podía predecir que la tenía entera. Porque los dientes filosos del tigrecito se habían clavado en las yemas y prosiguieron al notar el alimento. El

animalito halló la forma de sobrevivir y él se desangraría mientras el otro tendría el sustento de su velludo miembro.

La esperanza eran sus compañeros. Pero faltaban días para el encuentro en el bendito. Muy lerdos porque eran novatos. No como él cazador solitario, siempre en franco desafío y confrontación con las bestias, que intuían al verdadero matador cuando se enfrentaban. Y él maldecía el momento de vacilación al tratar de salvar una vida, una duda en sus convicciones profundas de no perdonar en ninguna circunstancia, aún la más banal como ésta, donde la yaguareté había desarrollado su estrategia de instintos primarios de conservación, retrotrayéndose en círculos para despistar, llevando a la cría colgada en la boca y largándose al manchón porque era la zona menos predecible pero la más expuesta, no contando con la sagacidad y experiencia del montaraz. Que después los mantenía rígidos en sus posturas con formol, alambres, clavos y rellenos de papeles de diarios en seres tal cual posaron en su despedida final, obras singulares donde el anta absorbía la última molécula de oxígeno en una suprema bocanada y el miriquiná juntaba sus manitas en una plegaria de clemencia. Maldecía ser vencido por un mísero gurrumino, él, el cazador elogiado que daba consejos en la forma de matar, ahora agonizando sin testigos, derrotado por el más débil e inocente del reino, que, por su supervivencia había llegado probablemente hasta la muñeca, pues él sabía que sangraba barbotándole el pulso acompasado con los latidos profundos del corazón.

Deliraba en el sopor del mediodía, mascando su cinturón de cuero. Un hálito

de esperanza refulgió en el río al ver un vapor deslizarse por la lisura media de la corriente, porque no soñaba ni era alucinación el humo de las calderas y la ronca bocina al avistarlo cuando levantó el sombrero abanicando la canícula, sin fuerzas para gritar, en un vaivén desesperado que respondía el barco con más bocinazos de salutación al pescador de lineadas invisibles ubicado en las puntas del murallón.

En su agonía y al compás de los sacudones del pecho le parecía que la madre regresó chorreada de limo y camalotes, transpuesta a sus espaldas y atenta a sus estertores.

Las ondas se cerraron al paso del vapor y él tuvo una espontánea alegría al reconocer de pronto que sus camaradas le encontrarían inerte con el cachorro de yagüareté como su trofeo viviente.

Vocabulario:

Bendito: choza rústica.

Pintado: tigre.

Trillo: senda.

Miriquiná: mono pequeño.

INDICE

	Pág.
Amarga mandrágora.....	9
Albino en la vía.....	16
El diablo enano.....	23
Joselito va al cine.....	29
La ballena en la Avenida Brown.....	34
La lombriz.....	39
Trofeo de caza.....	43

AUTORIDADES

Sr. Gobernador de la Provincia de Buenos Aires
Ing. Felipe Carlos Solá

Sr. Gobernador de la Provincia de La Pampa
Ing. Carlos Alberto Verna

Sr. Gobernador de la Provincia de Catamarca
Ing. Eduardo Brizuela del Moral

Sr. Gobernador de la Provincia de La Rioja
Dr. Ángel Eduardo Maza

Sr. Gobernador de la Provincia del Chaco
D. Roy Abelardo Nikisch

Sr. Gobernador de la Provincia de Mendoza
Ing. Julio César Cobos

Sr. Gobernador de la Provincia de Chubut
D. Mario Das Neves

Sr. Gobernador de la Provincia de Misiones
Ing. Carlos Eduardo Rovira

Sr. Gobernador de la Provincia de Córdoba
Dr. José Manuel de la Sota

Sr. Gobernador de la Provincia del Neuquén
D. Jorge Omar Sobisch

Sr. Gobernador de la Provincia de Corrientes
Dr. Horacio Ricardo Colombi

Sr. Gobernador de la Provincia de Río Negro
Dr. Miguel Ángel Saiz

Sr. Gobernador de la Provincia de Entre Ríos
Dr. Jorge Pedro Busti

Sr. Gobernador de la Provincia de Salta
Dr. Juan Carlos Romero

Sr. Gobernador de la Provincia de Formosa
Dr. Gildo Insfrán

Sr. Gobernador de la Provincia de San Juan
Ing. José Luis Gioja

Sr. Gobernador de la Provincia de Jujuy
Dr. Eduardo Alfredo Fellner

Sr. Gobernador de la Provincia de San Luis
Dr. Alberto Rodríguez Saá

Sr. Vice Gobernador en ejercicio del Poder Ejecutivo de la Provincia de Santa Cruz

D. Carlos Alberto Sancho

Sr. Gobernador de la Provincia de Santa Fe

Ing. Jorge Alberto Obeid

Sr. Gobernador de la Provincia de Santiago del Estero

Dr. Gerardo Zamora

Autoridad en ejercicio del Poder Ejecutivo de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, Gobernador

D. Hugo Omar Cócaro

Sr. Gobernador de la Provincia de Tucumán

CPN. José Jorge Alperovich

Sr. Secretario General del CFI

Ing. Juan José Ciáccera.

Se terminó de imprimir en el mes de julio de 2006
en *Altuna Impresores*, Doblas 1968, (C1424BMN) Buenos Aires, Argentina.
altunaimpresores@ciudad.com.ar



CONCURSO PREMIO FEDERAL



El Consejo Federal de Inversiones, organismo federal al servicio de las provincias argentinas, a través de su Programa de Cultura, continúa desarrollando acciones con el propósito de brindar apoyo a la producción artística provincial, promoviendo el crecimiento y el desarrollo cultural.

En el transcurso del año 2005, pone en marcha a través de la Red Federal de Cultura, las Asistencias Técnicas presenciales para Artistas y Docentes de Arte, las Muestras de Artesanías autóctonas y tradicionales y las II^o Jornadas de Asistencia Técnica para Administradores Culturales a través del sistema de videoconferencia.

La Red Federal de Cultura convoca por medio de los organismos de cultura de todas las provincias con sus respectivos municipios, a mantener un canal abierto que permita la interacción entre todos los creadores, críticos, promotores y pensadores del país.



**CONSEJO
FEDERAL
DE INVERSIONES**

Auspician



Digital **Recording**



**SALAS
FEDERALES**

CONSEJO FEDERAL DE
INVERSIONES

San Martín 871 (C1004AAQ)
Cdad. de Buenos Aires, Argentina
Telefax: (011) 4317 0700
www.cfired.org.ar